

Biblioteca-Films

LA ROSA DE PARIS

Núm. 79

25
cénts.



MARY
PHILBIN
DOREEN
TURNER

CUMMINGS, Irving

Año II

Núm. 79

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

La Rosa de París

(THE ROSE OF PARIS, 1924)

Novela de la vida aristocrática parisina, según la novela «Mitsi» del escritor francés Dely

Exclusiva: **Universal American Films**

Valencia, 233 - Barcelona

PERSONAJES

INTÉRPRETES

Mariana Garou, (<i>Mitsi</i>)	Mary Philbin
Florina de Valery	<i>Dorothy Revier</i>
«Ivette»	<i>Doreen Turner</i>
Marqués Cristián de Tarlay	<i>Robert Cain</i>
Jorge Duvros	<i>Frank Currier</i>
Andrés de Valery	<i>John Sanipolis</i>
Pablo Morán	<i>Cine Corrando</i>

I

En los alrededores de París, antes de llegar a Passy, lejos del ruido de la grande urbe, existe una hermosa propiedad con apariencias de castillo medieval visto en conjunto desde la ca-

retera, pero su entrada señorial, con su gran verja de hierro, rodeando un jardín amenísimo, y su puerta de hierro forjado, le dan el aspecto de palacio. No es, sin embargo, palacio ni castillo: es el Colegio de las Religiosas del Sagrado Corazón, bajo cuya disciplina se educan las hijas de la nobleza más linajuda de Francia. Penetremos en el sagrado recinto: aquí, al lado de vistosos surtidores, se divierten unas niñas, llevando el mismo uniforme: bata azul con cinturón, cuello y bocamangas rojos; medias blancas, y lazo rojo también en la cabeza; más allá, otras pensionistas juegan al corro, cantando regocijadamente; sentada en un banco de piedra, bajo un cobertizo, otra niña crecida, pues debe contar ya diez y siete años, conversa con una religiosa:

—Madre, todas mis compañeras salen del Colegio un día u otro, mientras yo...

—¿No estás bien en el Colegio, Mitsi?

—Sí, Madre; estoy muy bien y muy contenta; pero me entristece que mis compañeras tengan familia que las venga a ver mientras yo...

—Mitsi, considera que tú tienes tantas madres como hermanas somos aquí y tantas hermanitas como compañeras.

—Sí, es cierto; pero ¡la madre!... ¡Oh, la madre es irremplazable! Yo no conocí a la mía.

—Vamos, no llores.

Un automóvil se había parado a la puerta del Pensionado. Un caballero se ha apeado y después de tirar la cadena de la campanilla, ha penetrado en el santo recinto.

—Pase usted al recibimiento, caballero.

Obedeció el recién llegado, atravesando el parterre enarenado y penetrando en un recibidor muy limpio y sencillo, se sentó. No tardó en llegar la Superiora acompañada de otra religiosa que se quedó prudentemente distanciada del visitante y de su Superiora.

—¿La Superiora...?

—Servidora... Siéntese... Usted dirá.

—Soy el marqués Cristian de Tarlay...

—Sí, sí, ya leí su tarjeta.

—Tiene usted en el Pensionado una niña llamada Ivette Donic, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Pues bien. No debe usted ignorar que el padre de esta niña murió en Verdun...

—¡Pobre señor Donic!... ¡Que en paz descanse!

—Murió como un héroe. ¡Cuántos envidiamos su suerte!... Antes de morir me dijo: «Voy a morir, amigo Tarlay, y no siento más que una cosa. Dejo huérfana y sola en el mundo a mi hija Ivette. Está en el Pensionado del Sagrado Corazón de Passy. Te pido por favor que le hagas de padre.» Estas fueron sus últimas palabras.

—Luego, cumpliendo esta voluntad del padre de Ivette ¿viene usted a por ella?

—Sí, Madre.

La Superiora, dirigiéndose a la religiosa que había venido con ella, le mandó:

—Hermana, vaya usted a buscar a Ivette Donic, que se vista para salir.

Obedeció la religiosa, y cuando iba al jardín a buscar a la huérfana, al pasar cerca del

grupo formado por Mitsi y la hermana que estaba con ella, dijo a la primera:

—Mitsi, el marqués de Tarlay ha venido en busca de tu amiguita Ivette.

—¿Ivette se va?... ¿Ve, Madre, lo que le decía?... ¡Todas, todas hallan quien las quiera menos yo!

Ivette, una muñequita de ocho años, estaba entretenida en regar unas margaritas, llevando el agua que podía recoger de un surtidor en el cuenco de la mano.

—Ivette—le dijo la monja que la había ido a buscar—, tu nuevo papá acaba de llegar.

—¿Me voy con él?

—Sí, ahora te vas a vestir.

—¡Qué bien!—dijo la niña saltando de gozo.

Todas las niñas que se educan en Colegios religiosos hallan muy bien en ellos, rodeadas de aquel ambiente de bienestar y quietud espiritual que las buenas religiosas saben fomentar con sus buenos ejemplos, con sus cariñosos consejos, con el espíritu de orden y disciplina que reina en estos centros; pero ¡cosa singular!, todas las educandas cuando les llega el momento de abandonar esas mansiones de paz sienten una alegría inexplicable, una ansia de libertad: es la alegría del pajarito encerrado en jaula de oro. ¡Pobre pajarito!... ¡Si supieras que nunca estarás tan bien como entre esos barrotes de tu jaula, y que tu libertad puede ser el principio de tu malestar y de tu muerte, nunca salir quisieras del cuidado de esas manos cariñosas que con amor te cuidan y te miman amorosas, a cambio de tu canto!

Seguía Ivette alegre a la buena religiosa, cuando pasó cerca de donde estaba Mitsi.

—Mitsi, me voy con... mi nuevo papá. ¿No puedes venir tú también?

—No, Ivette... Dame un abrazo.

Las dos niñas se abrazaron cariñosamente.

Al presentarse Ivette en el recibimiento donde esperaba el marqués, al ver a éste díjole con ingenuidad:

—¿Usted es mi nuevo papá?

—Sí, hija mía... ¡Cómo te pareces al valiente de tu padre! Espero que tú me querrás tanto como él me quería.

—Yo le quiero mucho, señor...

—Este señor es el marqués de Tarlay, amigo de tu papá—manifestó la Superiora.

—¡Vamos!—ordenó el marqués.

Cuando, momentos después, la niña salía del pensionado en compañía del marqués de Tarlay, Mitsi, desde cerca de la puerta, contemplaba a su amiguita con tristeza y envidia. Ivette vió a su amiga y le mandaba besos con la mano. Al subir al automóvil del marqués, Mitsi, desde la verja de la puerta, se despidió de ella.

II

Estamos en la calle de Francs Bourgeois, en el palacio del marqués de Tarlay. ¿Para qué describirlo? Bástenos decir que es una de las mansiones más regias de París y que bien serviría para albergue de un magnate.

Pasemos revista a sus habitantes.

Ya conocemos al dueño, el marqués de Tarlay. Es joven, treinta años, alto, ni guapo ni feo, por ser hombre. Para retratarlo de un plumazo, diremos que tiene un parecido perfecto con el Rey de España. Eso en su físico. ¿Su retrato psicológico? Franco, alegre, y como buen parisién, bastante despreocupado y muy sencillo: este es el personaje central del palacio y el no menos importante en nuestra novela.

Florina de Valery, casi la podemos considerar como habitante del palacio Tarlay, por las largas temporadas que pasa en él, por ser su padre el abogado del señor marqués y por existir una franca amistad entre ambas familias.

Es Florina Valery una joven hermosa, de una hermosura morena. Tiene veinticuatro años, lo cual quiere decir que su juventud realza su hermosura y le da un vivo interés. Tiene ojos grandes, boca pequeña, frente espaciosa y un busto perfecto. Fotografía moral: coqueta, presumida, enamoradiza y altanera. A juzgar por las miradas de fuego que lanza al gentil dueño de la casa, colegimos que abriga la esperanza de llegar a ser la marquesa consorte de Tarlay.

Ocupa otra habitación del palacio, Jorge Duvros, hoy un anciano, fundador de la gran industria metalúrgica de la que el marqués de Tarlay es socio. Este señor Duvros está ahora postrado en el lecho, cargado de dolores y de años.

El padre de Florina Valery, el abogado de los señores Duvros y Tarlay, como su hija, ha sentado sus reales en el palacio, pues pasa en

él más largas temporadas que en su propia casa. Este señor Valery es un hombre ambicioso y de tan pésimas condiciones morales como su



—Entra ahí, gacela, y no intentes salir más...

hija, con la agravante de que las sabe cubrir con un velo de hipocresía y doblez.

Tales son los habitantes superiores—digámoslo así—del palacio Tarlay, a los que pode-

mos añadir la pequeña Ivette, recién instalada en él.

Los habitantes inferiores, vulgo servidumbre, son: un mayordomo cuarentón con más humos que un tren; una camarera que pasa de los cincuenta, ni guapa ni fea; un cocinero, un bloque humano, un verdadero tonel, tal es de gordísimo; dos criados más, el anverso del cocinero, por lo delgados y estirados, y dos chófers, chófers nada más.

Pablo Moran es un personaje que sin habitar, propiamente hablando, el palacio Tarlay, pasa en él la mayor parte del día por misión de su empleo de secretario particular del marqués. Es un joven muy elegante. A juzgar por lo que luego veremos, hace el amor a Florina Valery, de quien logra en secreto cierta correspondencia, a espaldas, por supuesto, del marqués.

III

Florina Valery está sentada en el comedor de confianza, cuya mesa está ya servida para el desayuno. Entra el mayordomo y anuncia:

—Señorita, el señor marqués siente no poder acompañarla en el desayuno... Hoy tiene lección de esgrima.

Florina hizo un mohín de disgusto que no quedó desapercibido al mayordomo.

La excusa del marqués era justificada: hallábase en la sala de armas en un asalto a florete con su profesor de esgrima.

Entretanto, en el dormitorio del señor Jorge

Duvros, éste, postrado en el lecho, habla con su abogado Andrés de Valery.

—Para morir tranquilo sólo me falta la presencia de mi hija. ¡Pobre hija mía!... La arrojé de mi casa desheredándola por haberse casado a disgusto mío. Antes de morir quisiera obtener su perdón. Fui dos veces injusto con ella: cuando se casó con Pedro Garou y cuando, muerto éste, se presentó en mi casa con su hija; las arrojé a ambas de mi presencia. Yo no sé lo que habrá sido de mi hija y de mi nieta.

—Si usted quiere, señor Duvros—manifestó el abogado—, puedo buscarlas.

—Sí, sí, busque a mi hija, se lo ruego. Y si vive aún que disfrute de la fortuna que para ella dejo. Espero que así me perdonará la injusticia que con ella cometí desheredándola. Esta es la última carta que recibí de mi hija hace dieciocho años. Quizás este papel le ayudará a encontrarla. Oigame, Valery: agradecido a sus buenos servicios, cuando yo haya muerto, cedo a usted mi participación en el negocio que tengo con el marqués de Tarlay: así lo he hecho constar en mi testamento. Si usted halla a mi hija, toda mi fortuna será para ella, si vive; si está muerta se la cedo a mi nieta. Dado caso que las dos hayan muerto, mi fortuna pasará a ser de su propiedad, señor Valery. También esto consta en mi última voluntad, autorizado por mi notario.

Mientras hablan los señores Valery y Duvros, trasladémonos a las habitaciones particulares ocupadas por Florina, la hija del abogado Valery. Sin pedir la venia, acaba de penetrar

en la habitación de la joven, Pablo Moran, secretario del marqués.

—¿Se puede?

—Ahora que estás aquí no te voy a echar. ¿Qué hay de nuevo?

—Ante todo, besar esa manecita de diosa griega.

—¡Ay!... ¡Qué bueno vienes hoy!... ¿Sólo la mano, Pablo?

Moran se acercó, mirando de hito en hito a Florina y teniendo cogidas sus manos:

—¡Qué hermosa eres, Florina!—y la besó en los labios.

—Oyeme, Pablo, si me caso con el marqués ¿dejarás de amarme?

—Al contrario. Tú no te puedes casar conmigo, porque no tengo donde caerme muerto y comprendo que haces perfectamente en unir tu suerte, ¡qué suerte!, con el marqués. Con ello ganamos los dos, es decir, tú y yo...

—No te expliques más... Al marqués ya lo tengo casi conquistado, está a punto de caer.

—Pues ¡duro con él!... ¿Sabes para qué he venido?

—¿Para qué?

—A decirte de parte del señor Duvros que te quiere ver... Está agonizando.

—¿Ya?—interrogó Florina con indiferencia, casi con alegría—. Ya es hora; ese señor tiene más vida que los gatos... ¿Qué quiere?

—Quiere hablaros a ti y al marqués, su socio, antes de morir. ¡Ah! ¿ya sabes? Ha legado a tu padre su participación en el negocio de los Altos Hornos, negocio que tiene con el marqués.



Apareció una gentil bretona...

—Pero... ¿y su fortuna?

—La deja a su hija y a su nieta, si aparecen; pero en el caso de que estuviesen muertas, los millones del señor Duvros serían para tu padre, es decir, para ti.

—Bueno, voy a ver qué me quiere Duvros. ¡Adiós, Pablo!

—¡Adiós, amada Florina!

Al salir de sus habitaciones, la hija del abogado se encontró con el marqués, que también se dirigía al dormitorio de Duvros, llamado por el moribundo.

—Florina—le manifestó el marqués—, supongo habrá usted dispensado mi ausencia... mi maestro de esgrima no me ha permitido ausentarme.

—¿Y para qué quiere usted dominar el florete?... ¿Piensa tener muchos duelos?

—¿Quién sabe?... Quizá por usted.

—Llegaron el marqués de Tarlay y Florina al dormitorio de Jorge Duvros.

En un magnífico lecho de ébano, apabellado, yacía el enfermo; un hombre grueso y, aparentemente, más joven de lo que era. A su derecha está Andrés de Valery, triste y cejijunto, en apariencia, pero en su interior muy satisfecho.

El moribundo hizo señas, casi sin levantar la mano, con un movimiento de dedos, de que se acercasen los recién llegados, quienes se pusieron a su lado izquierdo. Con mucha pena Duvros habló:

—Cristián, cuando yo muera quiero que Andrés sea tu socio. Y es mi deseo de que tú y su

familia os unáis con lazos más estrechos todavía que los puramente comerciales.

Florina y el marqués cruzaron una mirada de inteligencia. Duvros prosiguió:

—Cristián, es mi deseo en esta hora suprema de que te cases con Florina.

—Amigo Jorge, yo no puedo negarle nada en esta ocasión.

Y al decir esto, el marqués tomó la mano de Florina y se la besó; pero sin pasión.

Momentos después, cuando el marqués y Florina hubieron salido de la habitación de Duvros y estuvieron solos, ella le preguntó:

—Cristián, ¿me ama usted?

—Soy muy romántico, ¿cómo no amarla?

—¡Bésame!

—¡Oh!... ¡Un beso!... ¡La más genuina manifestación del romanticismo!

Y al decir esto le besó delicadamente la mano sin poner el menor fuego en aquel ósculo.

—¿En la mano?

El marqués no oyó la pregunta, pues al ver a Ivette corrió a abrazarla, plantando a Florina.

IV

Han pasado varios días. Jorge Duvros ha muerto. Andrés de Valery, después de varias indagaciones infructuosas para hallar el paradero de la viuda de Pedro Garou, la desventurada hija del difunto Jorge Duvros, hállase en una pista que cree ha de ser definitiva para lograr su objeto: dirige sus pasos al boulevard Montmartre y penetra en el Café Caboulet.

Sólo una ojeada nos bastará para darnos cuenta de la clase de establecimiento en que nos hallamos. Sigamos al señor Valery. Desciende por una escalera oscura y hállese en el establecimiento. No lo describamos: es un café. En varias mesas, hombres con caras de pocos amigos y mujeres con caras de... muchos amigos. Por las paredes, pintadas al carbón, mujeres desnudas en posturas indecentes.

El señor Valery se sienta a una mesa, y una jovencita pasa ante él lentamente contorsionándose y guiñándole el ojo con signo llamativo.

Comprende la mujerzuela que aquel hombre no viene allí para solazarse y llama a la dueña. Esta es una señora que pasa de los cincuenta y ha debido ser guapa: un verdadero tipo de apache, con los cabellos ya grises cortados a la «garçonne», y con una desenvoltura casi grosera.

La dueña vió al forastero, un señor mucho más elegante que los que solían frecuentar aquel lupanar y, sonriente, dirigióse hacia él.

—¿La señora Bolomeff?

—Servidora.

—¿Es usted la propietaria del establecimiento?

—Si usted no manda lo contrario.

Andrés de Valery, que conocía el paño, ofreció un cigarrillo a su interlocutora y prosiguió:

—¿Puede usted decirme algo de la viuda de Pedro Garou?

—¡Farsante!—clamó la Bolomeff dando un golpecito al visitante—. Sí que se lo puedo decir, murió hace quince años.

—¿Cómo?

—¡De miseria!... Pero tenía una hija.

—¿Y dónde está esa hija?

—Pues está... viva.

—Pero ¿dónde?

—¡Ah!... Este es mi secreto.

—¿Cuánto quiere usted por este secreto?

—Veo que es usted un hombre inteligente y que nos vamos a entender. Si es usted razonable y me adelanta algún dinero, puedo traerla aquí.

—Aquí va este anticipo—dijo Valery, al mismo tiempo que sacaba de su cartera un billete de cien francos.

—Poco es... Lo recibo como anticipo.

—¿Cómo se llama la hija de la señora Garou?

—Mariana Garou; pero hoy responde al nombre de Mitsi.

—Volveré aquí mañana por la tarde.

Al día siguiente, por la mañana, llegaba al convento del Sagrado Corazón de Passy una venerable señora enlutada, con lentes ahumados, quien manifestaba a la Superiora:

—Madre, tiene usted aquí una niña llamada Mitsi, pues bien, su madre, antes de morir, me recomendó cuidara de su hija. Hoy vengo a cumplir la promesa hecha a la viuda de Pedro Garou, que gloria haya. Yo pagaré todos los gastos que Mitsi haya ocasionado.

Un instante más tarde, Mitsi era presentada por la Madre Superiora a la recién llegada.

—Mitsi, esta señora es una amiga íntima de tu buena madre que viene, haciendo honor a

la amistad que la unía con ella, a ofrecerte su casa y su cariño para siempre.

—Gracias, señora—manifestó tímidamente Mitsi acercándose a la señora, a quien besó y preguntóle:—Así... ¿usted ha conocido a mi madre?

—¡Ay !... ¡ Sí, qué buena era !... ¡ Pobrecita, cuánto sufrió !

La desconocida señora saldó la cuenta de la pensión de Mitsi con las monjas y, momentos después, salía con ella en dirección a París, llevando la niña retratada en su semblante la alegría que da el entrar en un mundo nuevo para ella.

Llegaron la señora y la niña al boulevard de Montmartre y dirigieron al Café Caboulet, al que entraron por una puerta excusada. Cerca de ella, un hombre con todas las trazas de apache, se apoyaba negligentemente en la pared. La señora que acompañaba a Mitsi, hízole un guiño.

—Sube, hermosa, esta es mi casa.

Ascendieron ambos por vetusta escalera de madera hasta llegar al primero y único piso de la casa, seguidos por el hombre de mala catadura. Abrió la señora una de las celdas, la primera a mano derecha, de las situadas a ambos lados de un estrecho pasillo, y dijo a la niña:

—Mitsi, esta será tu habitación.

Era un cuarto modesto, sin lujos, pero ordenado. Salió del cuarto la señora enlutada y al ver al apache en el pasillo, díjole con aire de autoridad:



Cuando hubo llenado la copa del marqués de Tarlay, éste la besó.

—«Patás», ten cuidado con ella... para nosotros es un porvenir.

Bajó la enlutada, quitóse el velo y los lentes ahumados y se arrancó la peluca, apareciendo la señora Bolomeff.

—Puntual ha sido usted—dijo la señora Bolomeff al notar la presencia de Andrés de Valery.

—Era lo convenido.

—Lo convenido es que me pague usted el resto de lo convenido, pues la pajarita está arriba en la jaula.

Mientras abajo, la dueña del Café Caboulet discute con Andrés de Valery el precio de entrega de la niña, arriba Mitsi oye los ecos de un tango y sale del cuarto, sin ser vista por «Patás», que se ha sentado en uno de los peldaños de la escalera. La niña se asoma por una balaustrada a la sala del café. ¡Qué espectáculo!... Al compás de una música lánguida, sensual, unas parejas fuertemente agarradas, tangucean lúbricas, besándose y estrujándose asquerosamente. ¡Espectáculo degradante que hiere el espíritu de aquella joven de diez y siete años educada en un ambiente de piedad y recato!

«Dónde he caído», balbucea temblorosa, y vuelve al cuarto; pero «Patás», que ha oído ruido, va hacia ella; escupe por el colmillo y dice la contorsionándose, mientras le quiere acariciar el rostro:

—Entra ahí, gacela, y no intentes salir más porque si sales te toca estar diez días en la cama.

Mitsi, asqueada, entró en el cuarto, se en-

cerró con llave y ya no pensó más que una cosa: huir.

Abrió la ventana. Fácilmente podría saltar a la calle. Sin pensarlo más, se descolgó y huyó.

Cuando momentos después, el ama de la casa y Valery abrieron el cuarto y se encontraron con el cuarto vacío, éste se echó a reír:

—¿Se ríe usted?... ¿Acaso se ríe de que el pajarito haya volado?

—Al contrario, me río porque se ha perdido usted una fortuna.

—Si usted quiere que la busque es menester que me dé dinero.

—No; la encontraré yo mismo.

—El señor se olvida de dos cosas: la primera, la muchacha ignora que es nieta de Jorge Duvros; la segunda, que usted no ha visto nunca a la muchacha.

—Me ha ganado usted... Búsquela. Ahí van quinientos francos como anticipo.

V

Al día siguiente, Mitsi, sola y temerosa, cree hallarse en el camino del convento; pero la Providencia iba a dirigir sus pasos hacia otra morada. Sentóse en un mojón cansada del esfuerzo hecho y se descalzó. En aquel momento pasó un auto que se paró ante la joven. Un caballero descendió y acercándose al verla tan polvorienta le preguntó:

—Señorita, ¿quiere usted aprovechar mi auto para proseguir su ruta?

—Usted es el caballero que fué a buscar a Ivette al Colegio, ¿verdad?

—Sí, soy el marqués de Tarlay. Suba usted a mi auto.

Media hora después, Mitsi e Ivette abrazábanse con gran satisfacción, y la primera era admitida como camarera de la pequeña Ivette en el palacio del marqués de Tarlay.

Aquella noche, precisamente, debía celebrarse una fiesta en el palacio, para festejar los esponsales o sea la entrega del anillo de compromiso de casamiento del marqués con Florina.

Encargábase de la organización de esta fiesta el sesudo mayordomo, quien al empezar el banquete se quejaba amargamente delante de la servidumbre:

—¡Estoy desesperado!... ¡La muchacha bretona que estaba contratada con los demás artistas, no ha llegado!... De esta trastada el amo me despide.

—No se apure—le contestó el gordo cocinero—, la nueva doncella podría hacer el papel de bretona.

Y así fué. Después de los brindis, las señoras salieron de la sala. La fiesta era para hombres solos. Corrióse la cortina. Después de unas escenas más o menos plásticas, la escena se convirtió en una fuente encantada, por la que manaba a gran chorro espumoso champán. Apareció una gentil bretona, llevando al brazo un jarro de plata que apoyaba en su cadera. Después de llenar el jarro de champán, bajó del escenario a la sala y fué llenando las copas de los asistentes. Fué muy celebrada la belleza de la bretona, que era Mitsi. Cuando hubo lle-

nado la copa del marqués de Tarlay, éste la besó. La hermosa bretona pagó el atrevimiento del marqués dándole un terrible bofetón que resonó en toda la sala. Los convidados se sonrieron. El marqués, imperturbable, levantó la copa y brindó:

—Brindo por nuestra época ultramoderna, en que una criada puede abofetear a su señor.

Los criados se enteraron; el mayordomo estaba desesperado; los demás lo tomaron a risa. El panzudo cocinero decía a Mitsi:

—No te preocupes... De seguro que él ni se acuerda tan siquiera del cachete.

Cuando, al día siguiente, Mitsi, saliendo del cuarto de Ivette, se encontró con el marqués y encarándose con él, le preguntó con ingenuidad:

—Señor marqués, ¿qué derecho alega usted para poder besarme?

—Que es usted muy bonita—contestó el marqués.

—Debiera estar ofendida; pero por esta vez le perdono.

Dijo Mitsi, y separóse de Cristián muy pensativa. Momentos después, la hermosa muchacha se miraba complaciente, pensando: «¿Si será verdad que soy bonita?»

VI

Era el cumpleaños de Ivette. Los domésticos, en alegre comitiva, con acompañamiento de instrumentos culinarios: tapaderas, sartenes, cazos y entonando alegres canciones, fue-

ron a dar serenata matutina al dormitorio de la pequeña. Llevaba cada uno un objeto para obsequiar a Ivette. El grueso cocinero llevaba colgado a la espalda un gran cuévano. Todos fueron depositando sus presentes encima de la cama, mientras Ivette y su padre adoptivo los recibían con muestras de gran regocijo. Cuando llegó el turno del cocinero, puso el cuévano en el suelo al lado de Ivette, lo destapó y pronunció: «Por el arte de birli-birloque y del sabio Merlin, sal fuera.» Poco a poco fué apareciendo un magnífico pastel y tras él salió... Mitsi, que lo sostenía en sus manos.

En aquel momento, penetra en el dormitorio de Ivette, Florina de Valery, llevando en su mano el velo de desposada que deberá lucir el día de su casamiento. Llama a Mitsi.

—Oye, Mitsi, tú que estás bien en labores, me vas a arreglar el velo del vestido de novia que la modista me ha estropeado. ¿Ves? Lo quiero listo para mañana por la mañana.

Y Florina explica a la criada la forma como desea se lo arregle. Luego, Florina recuerda al marqués:

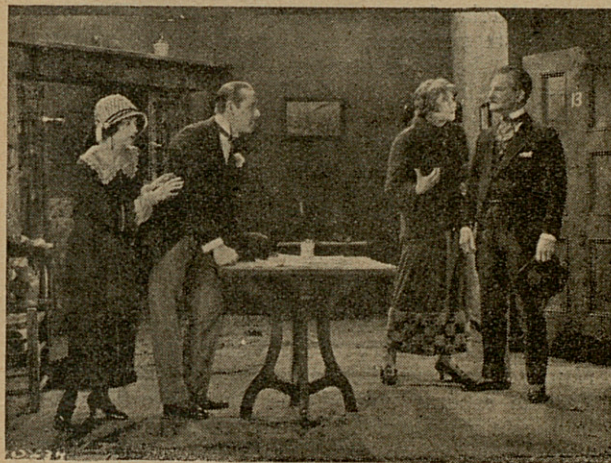
—No olvides, Cristián, que a las diez debemos ir a hacer la inscripción al registro civil.

En el reloj de la torre de la cercana parroquia dan las doce. En el palacio de Tarlay reina un gran silencio.

En la habitación destinada a la costura, Mitsi trabaja febrilmente en el arreglo del velo de novia de Florina. Cuando lo ha terminado lo contempla y piensa: «¿Si me sentaría bien a mí?» Allí tiene el vestido que Florina debe lu-

cir al día siguiente. Se lo pone; juntamente con el velo, se mira al espejo y piensa: «¡Oh!, qué bien me cuadra; ahora sí que el marqués me diría que soy hermosa.»

Abrió la puerta del obrador que daba a unas galerías abiertas inundadas de la luz de la luna.



—Usted me pagó para que la trajera aquí.

Para probar el vestido salió a la galería y se apoyó en el parapeto de un ventanal que daba a unos jardines.

El marqués tenía por costumbre antes de ir a la cama, fumar un cigarro sentado en la galería. Como cada noche, Cristián se hallaba sentado en una mecedora, cuando vió salir a

la galería aquella visión. Acercóse a la joven y la reconoció, pues la luz de la luna inundaba su rostro con poética claridad.

—¡ Oh, Mitsi, está usted bellísima !...

—Marqués, ¿ me perdona la inconveniencia que cometí con usted ?

Cristián tomó las manos de la joven y la atrajo hacia sí.

—Sí, te perdono ; pero como te amo, quiero que me abofetees otra vez.

—¡ Marqués !

—¡ Mitsi !

Esta se dejó caer en los brazos de Cristián, que gozó el dulce néctar de aquella boquita, cuyos labios, capullos de rosa parecían.

VII

El día siguiente era el indicado para la boda. Florina de Valery está en su cámara preparándose para vestirse el albo traje de novia. Parecía esperar una visita. De súbito se abre la puerta y penetra Pablo Moran en la cámara.

—Creía que no vendrías.

—¿ Yo no despedirme de mi Florina ?... ¡ Qué poco me conoces !

—¿ Me querrás lo mismo aunque me case por conveniencia ?

—Lo mismo, Florina, y aún más.

—Tú ya sabes que no amo al marqués... Pero tendremos que ser prudentes. Vamos, dame un abrazo.

—¡ Con toda mi alma !

En aquel momento ábrese la puerta. Mitsi e

Ivette se perseguían por los pasillos y la primera, huyendo de la persecución de su amiga del Colegio, abrió la puerta y las dos niñas hicieron irrupción en la cámara. Cristián, que pasaba en aquel momento por el corredor, vio a los dos amantes abrazados. Sin inmutarse lo más mínimo, avanzó hacia ellos sonriente.

No es para descrito el pánico y vergüenza que se apoderó de los enamorados.

El marqués de Tarlay díjoles con una sonrisa henchida de odio, desprecio y sarcasmo :

—Perdonen ustedes mi intrusión. No les creía tan entretenidos.

Mitsi e Ivette quisieron salir de la cámara.

—No, no te marches, Mitsi—ordenó el marqués, y prosiguió con el mismo tono despectivo-sarcástico : —Con profundo sentimiento me veo obligado a variar algo esencial en mi boda.

—Quieres decir, Cristián, que no habrá boda—tuvo la desfachatez de observar Florina.

—¿ Y por qué no ha de haberla ?—respondió el marqués ; y haciendo una señal a Mitsi para que se acercara le preguntó :

—Señorita, ¿ consiente usted en ser la marquesa de Tarlay ?

—¿ Ofrece usted su nombre a una criada ?—le preguntó Florina.

—Le ofrezco mi mano a una mujer honrada.

—Se ve que la criada debe casarse forzosamente.

Al oír este insulto Mitsi, molestanda, dijo :

—Señora, no creo que usted tenga derecho a hacerme víctima de sus burlas.

Y al decir esto, Mitsi salió de la habitación.

El marqués se acercó a su secretario, le qui-

tó la cartera de papeles comerciales que llevaba bajo el brazo y la abrió, hallando en ella un retrato de Florina. Cristián lo contempló y dijo al secretario:

—Este retrato es una verdadera joya... Es magnífico. Guárdelo, joven; pero deme los documentos que contiene la cartera y procure que no le vea más en mi camino. ¡Adiós!... En cuanto a usted, Florina, puede continuar viviendo en mi casa; es usted la hija de mi socio y no me estorba usted.

Cuando los dos amantes se quedaron solos, Florina Valery reprendió a su amigo:

—¿Qué necesidad tenías de venir a mis habitaciones?... Con tu impaciencia has deshecho todos mis planes cuando casi los tenía realizados. Anda, vete y ya nos veremos fuera de aquí. Veré si puedo arreglar el pastel.

VIII

Un criado anunció a don Andrés Valery, entregándole una tarjeta en una bandeja:

—Esta señora le espera en el salón.

Valery leyó: *Susana Bolomeff*, y acudió al salón.

—Señor Valery, para buscar a alguien en París, se necesita dinero. El que usted me dió ya está evaporado.

—No doy un céntimo más hasta que no me traiga a esa chiquilla.

En aquel momento Mitsi pasó ante los interlocutores.

—Esa es la muchacha... Mírela:

—¿Esa?

Mitsi creyó que la proposición que le había dirigido el marqués era una burla y determinó



Mitsi, ya marquesa de Tarlay, visitaba sus propiedades.

irse de aquella casa. Vistióse y fué a despedirse de Ivette:

—Mi querida Ivette—le dijo—, me veo obli-

gada a dejarte. Dios no quiere que vivamos bajo el mismo techo.

Andrés Valery buscó a la criada y la halló como se despedía de Ivette.

—Don Andrés—dijole Mitsi con voz doliente—, debo marcharme de esta casa... ¿Dónde voy a ir, pobre de mí?

—Mira, mi prima sale ahora mismo para Passy, te llevará consigo. Puedes quedarte en su casa y luego ya haré yo algo por ti.

—Gracias, señor Valery.

Un momento después, en la puerta del palacio, Mitsi tomaba asiento en un taxi, al lado de la propietaria del Café Caboulet, a quien no reconoció de momento; pero antes de arrancar el auto, como la señora Bolomeff se arreglase el velo, Mitsi reconocióla por el anillo en el que se fijara cuando fué a buscarla al pensionado, y dió un chillido tan agudo pidiendo socorro, que fué oído por el cocinero. En aquel momento partió el coche en el que iban la Bolomeff, el señor Valery y Mitsi.

El craso cocinero quiso correr tras el taxi, pero éste desapareció. Entonces se fué a encontrar al marqués, a quien dijo:

—Señor marqués, Mitsi... se la ha llevado un auto... Una mujer desconocida... Ella pedía socorro...

—¿Dónde está la tarjeta que esta señora entregó a Valery?—preguntó el marqués al criado que recibiera a la señora.

—Señor, es ésta.

Cristián leyó: *Susana Bolomeff—Café Caboulet*, y ordenó dispusieran su auto con el que,

momentos después, él y su cocinero se dirigían al Café Caboulet.

Tuvieron que abrirse paso a viva fuerza, pues dos matones habían sido colocados en las escaleras, para impedirle el paso.

El marqués y el cocinero sorprendieron a la Bolomeff y a Valery, quienes parecían querer reducir a Mitsi a la obediencia.

—Mitsi—pronunció el marqués—, no se espante; vengo a sacarla de aquí... ¡Oh!... ¡Andrés!... ¿Ha venido usted también en busca de Mitsi?

—Yo... sí, señor, a salvarla de esta mujer, que la había secuestrado.

—¡Miente!—desmintió la Bolomeff—. Usted me pagó para que la trajera aquí.

—No la crea, señor marqués, yo vine aquí para salvar a Mitsi.

—Usted me ha pagado para que la hiciera desaparecer...

En aquel momento entraron en la habitación varios policías que el cocinero había ido a buscar, y el marqués contestó a los dimes y diretes de ambos:

—Entiéndanse ustedes con estos señores.

Los policías prendieron sólo a la Bolomeff; mas el marqués ordenó:

—Bajo mi responsabilidad, prendan ustedes también a este señor.

Y señaló a su socio Andrés Valery, quien fué apresado también. Luego Cristián se volvió hacia Mitsi y le dijo:

—Mitsi, te pido que vuelvas a casa; aunque sólo sea por Ivette.

—Sí, volver... por Ivette.

Y bajó la vista avergonzada, pues amaba al marqués.

Aún no hacía una hora que el marqués y Mitsi habían regresado al palacio de la calle Francs Bourgeois, cuando se presenta un agente acompañando a la señora Bolomeff. El agente manifestó al marqués:

—He traído conmigo a la detenida, pues ha expresado deseos de hacerle una importante declaración.

—¿Qué declaración es esta? —preguntó Cristián.

—Señor marqués, si usted promete ayudarme, le diré algo que puede interesarle.

—Me interesaré por usted.

—El señor Valery tenía interés en hacer desaparecer a Mitsi, porque esa niña es Mariana Garou, nieta del difunto Jorge Duvros. La madre de esta niña, la viuda de Pedro Garou, murió en mi casa y la niña estaba en el Sagrado Corazón de Passy hacía ya seis años. Puedo probarle cuanto le digo.

Cristián no dejó terminar a la Bolomeff y llamó a Mitsi.

—Mitsi, niña, he de darte buenas noticias. Tú no eres una criada, no lo serás más. Tu abuelo era mi difunto socio Jorge Duvros.

—¿Es esto verdad?

—Sí, tú eres Mariana Garou. Eres la heredera universal de la inmensa fortuna de Jorge Duvros.

—¡Dios mío!

—El te envía para que seas la marquesa de Tarlay.

—¡Cristián! —pronunció la joven echándose en los brazos del marqués.

—¡Mitsi de mi alma!

Ya entonces, de igual a igual, comprendió Mitsi que podía aceptar de Cristián lo que antes considerara burla cruel.

¡Sus sueños de media noche se habían convertido en una dulce realidad: iba a ser la marquesa de Tarlay!

FIN

Número 80 - Biblioteca Films - 15 de Sept.

¡SEÑORITA! ¿Quiere Vd. saber, cuales pueden ser las consecuencias de un beso?

No deje de leer la sugestiva novela:

POR EL RECUERDO DE UN BESO

Interpretada por la bella estrella de la pantalla **BETTY BLYTHE**

Postal de esta artista :: Precio 0'25

Pronto

BERTINI y SERENA

en

?

La obra más popular del mundo entero.

¡ÉXITO ASOMBROSO! de la original publicación

CELEBRIDADES DE VARIETÉS

- N.º 1 **Ramper**
» 2 **Mercedes Serós**
» 3 **Elvira de Amaya**
» 4 **Lepe**
» 5 **Argentinita**
» 6 **Chelito**
» 7 **Luis Esteso**
» 8 **Pilar Alonso**

Próximo número:

LA GOYA «Reina del cuplé»

CASIMIRO ORTAS «El as de los cómicos»

Única publicación en su género que pone en contacto el alma del artista con la de sus admiradores por medio de intervius verdad.

Cubierta a varias tintas — Literatura selecta

Reproducción de fotografías particulares e íntimas

30 céntimos

¡Lo más emocionante!... ¡Lo más sensacional!

EL TREN DE LA MUERTE

El primer gran éxito de la temporada acaba de aparecer en

FILMS DE AMOR

por el incomparable artista: HARRY CAREY (Cayena)

Cubierta a
varias tintas

Literatura
selecta

Precio:
50 cénts.

